

# Páginas Ilustradas

AÑO II

Propietarios: Calderón Hermanos

Nº 67

Director, PRÓSPERO CALDERÓN

## MEDALLONES SALVADOREÑOS



Chávez, fotógrafo

Señorita Elisa Arriola

# Mujeres de Ibsen

HILDA

(*Solness el Arquitecto.*—1892)

Para Páginas Ilustradas

Desde que Hilda aparece en escena se nota en ella el atrevimiento de quien es joven y tiene confianza en su porvenir. Llega alegremente, hace recordar á Solness los detalles insignificantes de la vida de hace diez años que aquel hombre había olvidado como olvidan todos los que viven apegados á la tradición, las palabras de luz que iluminan de cuando en cuando las oscuridades de sus conciencias.

Hilda, como la juventud, recuerda y ríe con sus recuerdos haciendo con ellos un castillo: sus ilusiones, que poco á poco, á fuerza de constancia se irá dibujando en los dominios de la realidad.

Ella no es como los pájaros del bosque que se esconden entre las hojas de los árboles para cantar; no es modesta como no es modesta la juventud cuando sabe que esas virtudes hipócritas lo que hacen es apagar iniciativas y adormecer los ánimos enardecidos de quien tal vez podría llevar á cabo alguna acción de provecho para la humanidad.

Como la juventud es orgullosa y como ella siente en su cerebro los nobles impulsos de la generosidad. Aconseja al constructor que dé una alegría á Ragnar y á su viejo padre moribundo enviándole sus dibujos y cediendo la ocasión de ejercer su talento á aquel joven dibujante que ha vivido á su sombra, sin poder gozar de la luz vivificante de la libertad en el trabajo.

En cada una de sus palabras encuentro á la juventud que habla con la vejez; ella representa aquella edad hermosa en que se sueña siempre y en la que se desea subir, subir muy alto á pesar de lo que diga el mundo en las historietas que acostumbra referir en voz baja.

Como los jóvenes es impaciente; no puede dejar para más tarde aquello que talvez tenga consecuencias inmediatas. Para dar la alegría al padre de Ragnar es preciso escribir una carta, pero es preciso no perder tiempo porque el pobre anciano puede morir esperando.

Hilda baja al jardín, recoge en él las flores de matices más delicados y de perfumes más penetrantes; con ellas adorna su persona y se pasea tranquila por entre las alamedas del parque sin importarle nada las miradas curiosas de aquellos extraños que la expían desde las ventanas. Es la conciencia limpia que desafía con sus ideas nobles y sus sentimientos elevados á la opinión pública que siempre se oculta para arrojar sus fallos atrevidos sobre muchas cosas que no comprende.

Ella anima á Solness para que suba allá á lo alto de la torre que corona la nueva vivienda y lance al mundo desde arriba el canto hermoso de sus ideas y de sus intenciones. Quiere que suba porque subiendo es como se ennoblecen los cerebros que así se acostumbran á vencer el vértigo y con el vértigo las pasiones que se arrastran á los pies de los ricos y de los poderosos.

Hilda lo ve subir ansiosa y cuando el arquitecto cae repite con orgullo: Llegó á la cima! . . . Mientras tanto se prepara para continuar su misión hasta encontrar el verdadero hombre fuerte, capaz de resistir al vértigo que se siente en las alturas cuando se está á solas con sus pensamientos.

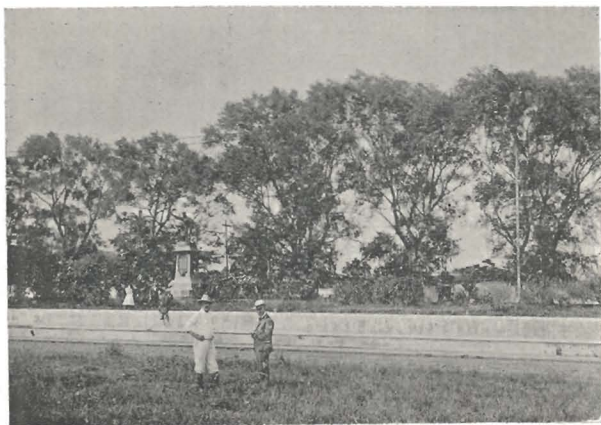
JOSÉ FABIO GARNIER

# La palabra del Papa

Recorría Montesquieu la Europa con objeto de dar la última mano á su magnífico trabajo *El Espíritu de las Leyes*; y como quiera que su nombre fuere ya notable, no solamente en el Foro, como Presidente del Parlamento de Burdeos, sino que también como literato, con motivo de la publicación de sus *Cartas Persas*, era en donde quiera que iba objeto de particulares atenciones.

En Roma, Benedicto XIV le había distinguido con su amistad. Al dejar la Ciudad Eterna, Montesquieu fué á hacer al Pontífice una visita de despedida.

—Mi querido Presidente, le dijo el Papa con aquel motivo, quiero que llevéis un recuerdo mío. Os concedo para vos y todos los miembros



Fot, Rudd

Alajuela.—Parque de Juan Santamaría

de vuestra familia, durante la vida, la gracia de que podais comer carne todos los días de vigilia.

Dió el filósofo las gracias al Jefe de la cristiandad y se despidió.

El obispo camarero que le acompañaba, llevó á Montesquieu á la cancillería, en donde le entregó la bula extendida en debida forma; mas notando el Presidente que con la bula le pasaban á la par la cuenta de los derechos devengados, que importaba algunos cientos de liras, devolvió los papeles al obispo, diciéndole con obsequiosidad:

—Yo no necesito llevar constancia escrita de la gracia que me ha acordado Su Santidad. Le creo un hombre honrado y me atengo á su palabra, seguro de que también Dios se atenderá á ella. Y se marchó dejando al camarero con tamaño palmo de narices.

# Mi retrato

A Próspero Calderón

¿Conque dices que el retrato  
Te ha producido un efecto  
Detestable, porque estoy  
Espantosamente feo;  
Que de aquel que conociste  
Ya no queda ni el reflejo,  
ni la sombra, ni el asomo,  
nada, nada, pero ni esto?  
¿Y me interrogas porqué  
He venido tan á menos,  
Qué se hicieron mi elegancia  
Mi donaire y mi gracejo?  
Y pues, quieres que conteste,  
Rendidamente contesto:  
Con todo ha cargado el Diablo,  
Patrón de los usureros,  
Y no por su propia cuenta,  
Pues que yo nada le debo,  
Sino por servir así  
A las gentes de su gremio.  
¿Te acuerdas de aquellos trajes?  
Ya no existe ni un chaleco,  
Y de las lindas corbatas  
Que me apuntaba Romero,  
En ocasiones á cuatro,  
Casi siempre á cinco pesos,  
No alientan ni las hilachas,  
Viven solo en mi recuerdo  
Y eso porque con frecuencia  
Me recuerdan que las debo.

Mis botines charolados  
Que mi breve pie oprimieron  
Más de una vez son ahora  
Huéspedes de un basurero.  
Quizás en la misma fosa  
Duerman con el frac correcto  
Que estrené la noche aquella  
Inolvidable del beso,  
Con el frac, con la camisa,  
Puede que con el sombrero,  
Que casi todas mis galas  
En un carretón partieron.

Mi reloj en *La Confianza*  
Habita desde hace tiempo,  
(Puede tenerla segura  
De no tornar á su dueño)  
En otra *Sierra Morena*

Reposa mi lapicero,  
Aquel con que te escribí  
Cartas henchidas de fuego,  
Citándote á que salieras,  
Como saliste, en efecto,  
La noche que tu papá,  
para mostrarme su aprecio,  
con los nudos de un bastón  
grabó su firma en mi cuerpo.

Dios lo tenga en su regazo! . . .  
Pobrecillo, era tan bueno! . . .  
(Y, sobre todo, tan fuerte).  
Ay! dichosos de los muertos!  
Pudiera seguir citando,  
Mas de  *citas*  estoy seco.  
Confórmate con saber  
Que igual camino siguieron  
La leontina y el anillo  
Y cuanto tuve de bueno.  
Ahora, dime, con franqueza,  
¿Cómo no ha de estar muy feo  
El que pasó la existencia  
Luchando con usureros,  
En una lidia reñida  
Con torazos de alto juego  
A los que cuesta clavarles  
Banderillas de tres pesos?  
Que venga aquí Mazantini  
Pa que sepa lo que es bueno  
Y conozca lo que cuesta  
Trabajar *ganao* matrero.  
Si al punto no se la corta  
Es que no la tiene, ¡cuerno!  
Que estoy con la cara ajada;  
Que estoy consumido y feo,  
Cosas son esas que vienen  
Con el rodar de los tiempos.

Yo no sé cómo estarás  
Ni tampoco lo pretendo,  
Que para mí te conservas  
Como en la noche del beso;  
Como en la que me dijiste:  
"Con toda mi alma te quiero!"  
Y en prueba de tu cariño. . . .  
¡Para qué ser indiscreto! . . . .  
Ya tú sabes que te quiere  
Con toda el alma,

AQUILEO.

San José, octubre de 1905



# Bosquejo

(A Porfirio Brenes C.)

Para Páginas Ilustradas

La alborada sacaba á la tierra de su somnolencia. Por oriente comenzaban á parpadear las tinieblas, rayando de oro el cielo oscuro. Los gallos con sus clarines vibrantes llamaban á la brega por la existencia. Acá y allá chirriaban las puertas de las casuchas del pueblo al girar sobre sus nabos metidos en el dintel y el umbral de sus marcos. Allí las bisagras de hierro no tenían representantes.

En las angostas entradas de las viviendas los hombres, con la cabellera revuelta y las manos en el cogote, bostezaban echando bocanadas de vaho, como queriendo en ellas ahogar la pereza. Adentro se oía *restregueo* de piedras y de rato en rato palmadas que repercutían acompañadas por el *retintín* vidrioso de los platos empilados en una mesa, al ser ésta golpeada. Eran las mozas que *molian*.

De pronto la monotonía de la música de aquella hora fué rasgada por un grito largo, sonoro y bien timbrado. El grito con que nuestros campesinos anuncian, desde lejos, su llegada, á la familia.



Fot. Rudd

Escena campestre en día de fiesta

En la casucha de *Ñor* Antonio entró aquel grito como portador de la calma perdida en una larga noche de inquietud y espera; su hijo *Toño* regresaba de la ciudad.

*Toño*, mocetón robusto, alto, bien formado, de cara ancha cuya piel ostentaba la marca del sol y del aire acompañada por negro pelambre que comenzaba á nacer, era el hijo único de *Ñor* Antonio.

Desde la edad de catorce años compartía con su padre las penas de la lucha por la vida. *Ñor* Antonio deseó siempre que su hijo se hubiera dedicado al trabajo desde antes de esa edad; pero una ley dura se lo quitaba para hacerle perder el tiempo en una escuela que sólo un grado tenía, y en donde era forzoso repetir todos los años la misma cosa; es decir, aprender á recitar de memoria el Silabario de palabras normales y escuchar pacientemente las necedades del hombre que, por no tener otra cosa que hacer, *se vuelve maestro*.

Por demás está decir que Toño, después de sus cuatro ó seis años de escuela, seguía siendo casi tan ignorante como antes. Muchacho de inteligencia clara, comprendió una triste cosa: que las escuelas rurales, si todas eran como las de su distrito, en vez de ser útiles, perjudican al pueblo; le hacen perder tiempo y dinero.

Sin nociones nuevas de nada, siguió las huellas de sus antecesores y se dedicó á las faenas de la labranza con toda la rusticidad primitiva que aquí tienen, y que obligando al hombre á estar inclinado sobre la tierra y por completo pegado á ella, le van matando poco á poco el deseo de ver á lo alto, las ansias de subir.

Salido de la escuela, nuestro mozo fué á aumentar el número de los que forman el montón casi inconsciente, que siendo por naturaleza conservadores y por herencia católicos creyentes, no vacilan, en política, en confundirse con el grupo liberal y aún en asegurar el triunfo á los que debieran considerar como sus adversarios.

Toño llegaba de la ciudad.

A ella había ido llevando en su carreta nueva, tirada por hermosa yunta de barcinos, un cargamento de madera de la máquina de los *machos*: un par de hombres altos, de anchas espaldas, de cabello rubio, de hablar enredado, que todo lo mandaban con imperio, amigos de pocas palabras y muchas obras, que al pueblo llegaron pobres, habiendo comprado al crédito unos campos que siempre se consideraron improductivos y que ellos, después de remover la tierra y de echar, por aquí una sustancia sacada de un barril, por allá otra diferente, habían conseguido trocar en los más pródigos de la comarca; un par de hombres que ahora, poco á poco y con dinero contante, ganado allí mismo, se iban adueñando de las vecinas fincas y de las energías de los habitantes del distrito, ocupándolos ya en los aserraderos, ya en la labranza, ya en el acarreo de los productos de su hacienda.

El hijo de *Ñor* Antonio no era empleado de ninguna finca. Durante el tiempo que mediaba entre la zocola y la siembra; entre ésta y la desyerba y entre la desyerba y la cogida, en los campos de su padre, se ganaba la vida como *fletero* y en calidad de tal servía á quien le pagara *á cuarenta la arroba*.

El viejo labrador, al oír el grito de su hijo, creyó distinguir en él algo extraño; sin saber por qué, se aferró á la idea de que en el tono de aquel grito vagaba un tinte de tristeza.

Pasó un rato, largo para el pobre viejo y un nuevo grito sonó más cercano.

El hijo impacientemente aguardado ya debía de venir por el *Altillito*. Antonio salió á la puerta y tendió la mirada al frente. ¡Dios del cielo! y ¡cómo se lo había anunciado el corazón!—Allá venía su Toño con el chuzo al hombro y la yunta sola por delante. ¿Y la carreta, la carreta nueva que, *cosleada* por ellos, les había hecho desembolsar cinco onzas, montón de plata blanca que representaba quién sabe cuantos meses de trabajos?

Ah! ¡de seguro se había perdido en la Vuelta Estrecha . . . . .

—Buenos días le dé Dios, tata— y aquel mocetón, tan hombre

siempre, no pudo decir más; apretado nudo le amarraba la garganta y para que su padre no viera que sus ojos brillaban con claridades de agua, inclinó la cabeza.

—Buenos nos los dé Dios, hijo; y la carreta?

La carreta! Por ella no le preguntaran. Buena cuenta sabría darles la hondura del río; allá podían ir á recoger las astillas para el fuego y, mal rayo lo partiera á él, que no tuvo la suficiente fuerza y habilidad para salvarla!

—Pero tata, se lo juro por ésta, yo hice todo lo que usted hubiera hecho, pero más no se podía.

El día anterior había llovido *allá afuera*. La cuesta se había puesto como de jabón. La carga de rollos de alambre que se comprometió á traer no era exagerada, era apenas buena para sus bueyes; pero... mala suerte les había corrido!

La noche le sorprendió comenzando la *trepada*; la oscuridad cada vez se hacía más negra.

La media noche sería cuando llegó á la Vuelta Estrecha y allí, allí hubo de sufrir lo indecible!

El *Forastero* venía del lado de adentro; al topar las ruedas en la laja, la fuerza del choque le hizo pegar un *cacho* contra la peña y, ¡pobre Toño!, vió confirmarse sus sospechas: aquel animal tan bonito y que parecía tener tan buenas reglas, no era *legal*.

Al ver que el barcino se empeñaba al tirar de la carreta, le *pegó un chuzazo*; pero el bruto al sentir la punzada, *se quitó* é hizo recular el vehículo; el boyero comprendió el peligro, se agarró con todas sus fuerzas á las astas del animal, pero fué imposible contenerlo.

En su marcha para atrás hizo virar la carreta hacia la sima. Una rueda, salida de la vía, se balanceaba en el aire, como saludando al despenadero.

El momento era angustioso. Allí se vería si el hombre tenía algo de aquello. Su rostro se bañaba en sudor. Un asomo de cobardía y todo se había perdido.

Salvar el vehículo y el cargamento era imposible. El otro buey ya no podía más; si aquella situación se prolongaba se reventaría.

La mano derecha del mozo soltó el cuerno del traidor y buscó con ansia algo en su cadera izquierda. Un golpe seco hirió el silencio de aquel instante. El barzón estaba cortado y la yunta salvada.

La carreta, libre de la resistente amarra que la sujetaba, zozobró un momento, luego, como queriendo con sus piruetas burlarse del dolor del muchacho, dió una vuelta hacia atrás; un ruido espantoso siguió á este salto. Algó cruzó el espacio zumbando, era el timón que ganaba la sima describiendo círculos.

Durante un rato se estuvo oyendo ruido sordo de cuerpos que ruedan, ramas que se desgajan, tierra que se desmorona... Después volvió el silencio, reinó la calma... La luna claró el espacio é indiferente contempló la catástrofe.



Aquella armazón de madera cargada de rollos de alambre, al des-  
peñarse habíase llevado consigo las ilusiones de un joven, sus sueños de  
amor y lo que para el campesino importa más, la clave de una fortuna.

—Hijo!!

Y por qué no había hundido hasta el pomo, en el cuerpo del animal  
su *cruceca*? Por qué se resignaba á conservar al autor de tanta des-  
gracia?

—Calle, tata. Acuérdesse que hay que pagar el valor de la carga  
perdida.

El buey era malo, *se quitaba*; pero eso, sólo ellos dos lo sabían. La  
desgracia bien podía atribuirse á otras causas. No había que aumentar  
con su indiscreción, su ruina. La yunta se vendería en doce onzas; de  
sobra había quien las pagara.

Don Faustino quería comprarla y mandarla al Departamento; allá,  
según dicen, las tierras son planas y el buey no tendría ocasión de lucir-  
se como malo.

A Don Faustino se lo venderían.

El rostro del viejo se contrajo de rara manera. Aquel león del  
trabajo que, cara á cara, se las había dado con la adversidad, no pudo  
contener su pena.

Lágrimas gruesas, lágrimas de hombre que no recuerda haber llo-  
rado, brotaron de sus ojos, inundaron sus arrugas.

No sentía por él lo ocurrido sino por su liijo, siempre tan bueno.

Y más que habló, rugió.

— ¡¡ No somos naide, Dios mio!!

¿Y el Municipio por qué quiere la plata que todos los años los deta-  
lla con la sollama de ques pa camponelos el camino?

CARLOS MORA AGUILAR

San José. — Sep. 1905.

## Una heroína rusa

*Pierde las piernas en una batalla. Condecorada Por Kuropatkine*

En uno de los hospitales de Mukden se encuentra la hermana de la cari-  
dad Ludmina Sokowenko. Esta joven de 22 años, es muy hermosa, y perdió en  
la batalla de Liao-Yang ambas piernas, de un metrallazo.

Lo que puede hacer la caridad humana se emplea en aliviar la existencia  
de esa joven. La infeliz parece un esqueleto deforme, pero se consuela de su  
suerte con un heroísmo admirable. Ella dijo á un conocido:

—“Con haber apenas entrado á los umbrales de la vida, me encuentro ya  
de inválida. Dios ha querido esto, y yo sufro por mi patria.

Cuando supo que fabricaban piernas artificiales, sus faccionec expresaron  
una esperanza nueva, pero luego dijo:

—Y sin embargo de esto, quedaré lisiada para toda mi vida.

La heroína sufre las dolorosas operaciones sin ser cloroformada.

El General Kuropatkine prendió personalmente la cruz de San Jorge  
sobre el pecho de su heroína paisana.



Paynter, fotógrafo



*Paynter Bros.*  
SAN JOSE COSTA RICA

Señora Marta Hine de Breñes

Despierta, corazón, y oye: dormido no eres hermoso ni fuerte ni grande. Despierta bien, sacude tu rico plumaje de nieve, ensánchate, mira al cielo: ha pasado ya la tormenta y el iris resplandece vivamente en su inmenso fondo azul.

Muévete! El reposo es triste, afea tus encantos, mata las fuerzas con que se eleva la voz del sentimiento á la morada suprema del amor.

Yérquete! Muestra esa bella faz de rosa, vuélvela hacia la colina y fíjala: verás en las formas de la densa nube, que la cubre, una vaga figuración de ángel.

Sonríes? Agita más tu savia roja y vive con vida de cristalina fuente que murmura al correr, ó de inquieto ruiseñor que canta cuando se queja, ó de estrella apacible que fulgura sin cesar.

Ama! Tu divina luz es el amor, tu tierna melodía es el amor, tu dulce murmurio es el amor. Ama, corazón, que el amor es la milagrosa potencia con que se llega á ese suspirado reino de la gloria.

LUYS

---

### LA TEMPESTAD

Le dijo el alto cielo al mar profundo:  
"Tú me quieres vencer, monstruo de cieno?  
"A castigarte voy...." y en un segundo  
Se armó del rayo, y se lo hundió en el seno  
A aquel titán que tiembla sobre el mundo.

Retorcióse en su cárcel de granito  
El fiero monstruo, y con violencia rara  
Encrespando sus olas lanzó un grito,  
Y con su espuma le escupió la cara,  
La inmensa cara, al piélagos infinito.

Comprendiendo el ruidoso cataclismo  
El huracán despezó sus alas  
Y convencido de su orgullo mismo,

Le dijo al mar: "En furia no me igualas!"  
Y azotó las espaldas del abismo.

Con agria y estruendosa gritería  
En inmensa cascada, las gaviotas  
Se alzaron raudas de la mar bravía,  
Y con sus alas por la lluvia rotas,  
Emblanquecieron la región vacía!

Rugido arriba; abajo tronamiento;  
Negrura arriba, lobreguez abajo;  
Rayo que hiere, tumbo que revienta,  
¡Oh qué horrible y qué hermosa es la tormenta  
Entre el cielo y el mar, ¡lo alto y lo bajo!

JULIO FLORES.

(Postales.—Edición F. Parraga)

# La ola y la sombra

¡Un hombre al mar! ¡Qué importa! El buque no se detiene por eso. El viento sopla; el sombrío buque tiene una senda trazada que debe recorrer necesariamente. Y pasa.

El hombre desaparece y vuelve á aparecer; se sumerge y vuelve á la superficie; tiende los brazos, pero no es oído; el buque, temblando al impulso del huracán, continúa sus maniobras; los marineros y los pasajeros no ven al hombre sumergido; su miserable cabeza no es más que un punto en la inmensidad de las olas.

Sus gritos desesperados resuenan en las profundidades. Observa aquel espectro de una vela que se aleja. La mira, la mira desesperadamente. Pero la vela se aleja, decrece, desaparece. Allí estaba él hacía un momento; formaba parte de la tripulación; iba y venía por el puente con los demás; tenía su parte de aire y de sol; estaba vivo.

¿Pero qué ha sucedido? Resbaló, cayó. Todo ha terminado.

Se encuentra sumergido en el monstruo de las aguas. Bajo sus pies no hay más que olas que luyen, olas que se abren, que desaparecen. Estas olas, rotas y rasgadas por el viento, le rodean espantosamente; los vaivenes del abismo le arrastran, los harapos del agua se agitan alrededor de su cabeza; un pueblo de olas escupe sobre él; confusas cavernas amenazan devorarlo; cada vez que se sumerge descubre precipicios llenos de oscuridad; una vegetación desconocida le sujeta, le enreda los pies, le atrae; siente que se va á connaturalizar con el abismo, que forma ya parte de la espuma, que las olas le echan de una en otra; bebe toda su amargura, el océano se encarniza con él para ahogarlo; la inmensidad juega con su agonía. Parece que el agua se ha convertido en odio.

Pero lucha todavía. Trata de defenderse, de someterse, hace esfuerzos, nada.

¡Pobre fuerza, agotada ya, que combate con lo inagotable! ¿Dónde está el buque? Allí á lo lejos. Apenas es ya visible en las pálidas tinieblas del horizonte.

Las ráfagas soplan: las espumas le cubren. Alza la vista: ya no divisa más que la lividez de las nubes. En su agonía asiste á la inmensa demencia del mar. La locura de las olas es su suplicio; oye mil ruidos inauditos que parecen salir de más allá de la tierra; de un sitio desconocido y horrible.

Hay pájaros en las nubes, lo mismo que hay ángeles sobre las miserias humanas; pero, ¿qué pueden hacer por él? ellos vuelan, cantan y se ciernen sobre los aires; y él agoniza. Se ve ya sepultado entre dos infinitos; el cielo y el océano, éste es su tumba, aquél su mortaja.

Llega la noche; hace algunas horas que nada; sus fuerzas se agotan ya; aquel buque, aquella costa lejana donde hay hombres ha desaparecido; se encuentra, pues, solo en el formidable antro crepuscular; se sumerge, se estira, se enrosca: ve debajo de sí los indefinibles monstruos del sufrimiento; grita.

Ya no le oyen hombres. ¿Dónde está Dios? Llama: ¡Socorro, socorro! Llama sin cesar; pero nada en el horizonte, nada en el cielo.

Implora al espacio, á la ola, á las aguas, al escollo, todo está sordo. Suplica á la tempestad; la tempestad imperturbable sólo obedece al infinito.

A su alrededor tiene la oscuridad, la bruma, la soledad, el tumulto tempestuoso y ciego, el movimiento indefinido de las terribles olas; dentro de sí el horror y la fatiga, debajo de sí el abismo sin un punto de apoyo! A su imaginación se presentan las aventuras tenebrosas del cadáver en medio de la sombra ilimitada.

El frío, sin contacto alguno, le paraliza. Sus manos se crispan y se cierran, y cogen, al cerrarse, la nada. Vientos, nubes, torbellinos,



Fot. E. Calvo A.

#### San José.—Baños Municipales

estrellas, ¡todo es inútil! ¿Qué hacer? El desesperado se abandona; el que está cansado toma el partido de morir, se deja llevar, se entrega á la suerte y rueda para siempre en las lúgubres profundidades del sepulcro.

¡Oh, destino implacable de las sociedades humanas, que perdeis á los hombres y á las almas en vuestro camino! ¡Océano en que cae todo lo que deja caer la ley! ¡Siniestra desaparición de todo auxilio! ¡Muerte moral!

La mar es la inexorable noche social en que las penalidades arrojan á sus condenados. La mar es el gran misterio.

El alma, naufragando en este abismo, puede convertirse en un cadáver.

¿Quién le resucitará?

VÍCTOR HUGO

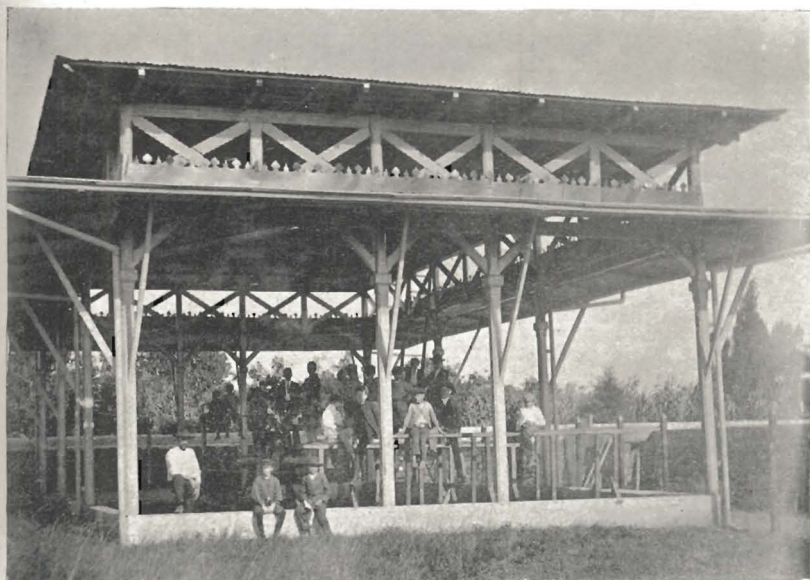


# Las modas bárbaras

Para Páginas Ilustradas

Cada vez que se anuncia una moda nueva, tiemblo de pies á cabeza. Porque han de saber ustedes que moda nueva en San José viene á ser plaga, inundación, peste, invasión, el demonio!

No se queda en la capital alma viviente del sexo débil que no lleve encima la prenda de la moda del día; ¡hasta las cocineras! Y con eso está dicho todo! Nos llega una moda, y comienzan por entrar en ella, primeramente, las señoras y señoritas de rango y de dinero; luego las de



Fot. E. Calvo A.

Baños Municipales.—Sección de Gimnástica

igual categoría, pero pobres; en seguida, poco á poco, las de la clase media, -al decir de nuestros *aristócratas*; y por último, viene la pobre moda á dar su postrer gemido entre las niñeras, amas de cría y las cocineras. ¡Y no son poco ridículas ciertas modas que nos invaden! ¡Y no pocos los ridículos que las mismas hacen de algunas mujeres! Y si no, que lo digan las que usaron en su tiempo el famoso polizón, vulgo, *tontillo*. ¡María Santísima! Y las cosas que se vieron!

Señorita conocí yo, que á falta de dinero para comprarse en una tienda el aumentador de redondeces, lo suplió fácilmente con una almohada de cama ó bien con los trapos que á mano había.

Una amiga mía,—que hoy es muy rica,—pero que en el tiempo de la historia que voy á contar era una *pelada*, muy presumida, flacucha, casi una sombra, se presentó un domingo en un recreo, en el Parque Central, mostrando al público redondeces verdaderamente provocativas; y cuando más campante caminaba por las enarenadas callecillas del Parque ¡plaf! se le reventó el cordón que sostenía tanta carne mentirosa y cayó al suelo un montón informe de ropa. Allí había de todo: fustanes, camisas de dormir, unos calzones de flanela, una colcha, unas mantillas y un par de escarpines, que probablemente venían allí de intrusos. Aquella niña quedó tan *chupadu* como una bomba de lule sin aire.

Recuerdo de otra, muy simpática por cierto, á la que Natura negó carnes, que solía pasearse por las principales calles de San José provocando á medio mundo con una corrección de curvas y contracurvas que daban el opio. Un día de tantos la mala suerte dió al traste con tanta hermosura: al pasar por la esquina del hotel Claves. (hace poco Guardia etc. Quelquejeu), la adorable niña dejó caer, sin sentirlo, todo un museo de plumas de aves de corral! Durante un trayecto de doscientas varas fué dejando en el suelo aquella niña una tupida, suave y multicolor alfombra de plumas! Qué había pasado? Poca cosa: la rotura inesperada de una hermosísima almohada de cama de matrimonio que llevaba á manera de *tontillo*. Hoy en día las modas en boga son muy curiosas y muy... *higadasas*, como diría una de nuestras señoritas. Y yo, por mi parte, digo que una de ellas es hasta criminal, por ser antihigiénica. La policía debía prohibirla á toda costa.

¿Les parece á ustedes poca cosa que, cuando más tranquilo va uno por la calle, pensando en el porvenir risueño ó en la risueña novia, venga una señora ó una señorita, (que para el caso es igual), y sin decirle: Con permiso de usted! le introduzca en un pie todo un punzón afilado que lo obliga á poner el grito en el cielo? Claro que no! Y si se da usted á averiguar la razón por la que se le hiere tan alevosamente y sobre seguro, se encuentra con que la dama, autora de semejante atentado, le dice: ¡caballero: siento infinito haberle pisado un callo! Usted perdone! Y se marcha tan campante. Vuelve usted la vista hacia el arma homicida y si no se tiene de algo ó de alguien, se desploma sin sentido. ¿Qué es lo que usted ha visto? Pues una bota ó una zapatilla que lleva de tacón algo así como un cincel ó un cuchillo de zapatería! Y ande usted, ó que lo lleven (esto es lo más seguro) á casa del médico, y de allí á su casa ó bien al hospital, en donde si le va como á un quebrado, apenas le harán la amputación del pie, porque ha habido personas á quienes le han amputado la vida. Pero, qué quiere usted; es la moda del día: que las mujeres anden con zancos en los talones! Y les aseguro á ustedes que hay algunos de esos tacones muy enconosos. Los de mi suegra, por ejemplo, la cual, donde los pone no vuelve á crecer la yerba. Los pies de esta señora deben de ser hermanos de los del caballo de Atila. Y si les aseguro á ustedes que ya las cocineras pisan alto también, no les cogerá de sorpresa. La *chichigua* que tenemos en casa se hace ella misma con semillas de aguacate los tacones-zancos de sus zapatos. Menos mal que no son tan dañinos como los de palo ó de cuero. Y agreguen ustedes á tan bárbara

moda la de los zapatitos blancos y los de color *champanña* con medias ídem, ídem, tan en boga hoy.

Conozco una bellísima muchacha que va al Colegio de Señoritas con unas zapatillas blancas de raso. las cuales fueron estrenadas por una tía suya en un baile que dió el General Guardia, en el Palacio Nacional, allá por el año de 1880. ¡25 años de estar las pobrecitas encerradas en un armario! Pero están de moda hoy en día y nadie se va á ocupar de preguntarles su edad!

Pues, y los sombreros que están hoy en moda? ¡Jesús! Qué atrocidad!

Cójase un *guacal* de cualquier uso (que eso no afecta á la forma), adórnesele con velillos y flores ó cintas,—á capricho,—tómese una señora ó señorita,—lo mismo da,—póngasele en la cabeza el *guacal* así adornado, de manera que la parte ahuecada mire hacia arriba, como si se le pusiera para recoger aguas, y ahí teneis el gran sombrero en uso hoy día!

RICARDITO SINSABORES

Octubre de 1905.

---

---

## TRAGEDIA

### I

«Huye conmigo y sé mi esposa, descansa sobre mi corazón: lejos, en el extranjero, mi corazón será para tí la patria y el hogar paterno.

«Si no te vienes conmigo, yo muero aquí, y tú quedas sola y desamparada: y en tu misma patria, en el hogar de tus padres, serás como extranjera.»

### II

Una blanca helada cayó en una noche de Primavera: cayó sobre las tiernas florecillas blancas: éstas se han marchitado, han muerto. . . .

Un joven amaba á una joven: huyeron furtivamente de su país, á hurtadillas de su padre y de su madre.

Anduvieron errantes de aquí para allá, infelices y víctimas de una mala estrella: se han marchitado, han muerto.

### III

Alzase sobre su tumba un tilo, en donde silban los pájaros y el viento de la tarde, y á cuyo pie, sobre el verde césped, van á sentarse el mozo del molino con su novia.

Soplan los vientos con resoplidos siniestros, los pájaros cantan con voz más dulce y quejumbrosa, y los enamorados habladores, heridos de un súbito mutismo, lloran sin saber por qué.

ENRIQUE HEINE



# El altruismo americano

«La América del Norte es la cuna de los más grandes donantes del mundo. Durante el año de 1904 se distribuyeron en los Estados Unidos donativos por más de ochenta millones, dedicados á obras filantrópicas, y de la cual suma correspondieron cuarenta millones á la ciudad de New York.

Alejandro lloró al no tener más países que conquistar; los entusiastas y devotos filántropos del día suspiran al encontrar que sus líneas de obras benéficas se circunscriben y limitan.

A todas partes donde se tornan los ojos, en los Estados Unidos, se ve patente la pródiga mano de estos adictos al bien.

Magníficos colegios, bibliotecas, hospitales, asilos para ancianos, sordo-mudos, ciegos, inválidos y huérfanos, grandes museos de arte, de medicina é historia natural; expediciones han sido enviadas á descubrir nuevas tierras á todas partes del globo; suntuosas iglesias y catedrales se han erigido, y finalmente en cuantas formas concebibles hay, su dinero ha sido empleado con prodigalidad.

Incuestionablemente. John D. Rockefeller ha regalado mayores sumas que ninguno otro para obras de educación. Hasta ahora, que separamos, pasa de 25 millones lo que á este

fin ha donado, correspondiendo 13 millones á la Universidad de Chicago.

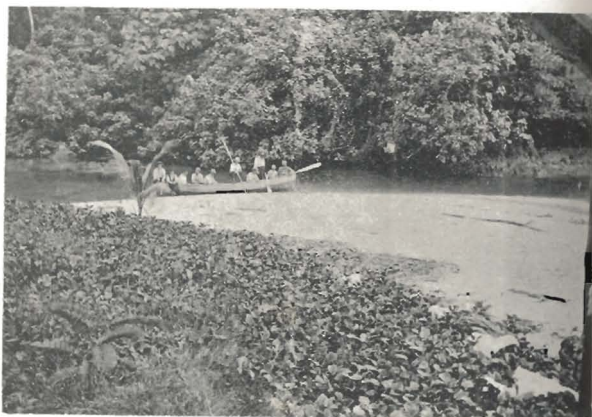
Andrew Carnegie ha donado próximamente tres veces más que Rockefeller, especialmente en lo que á bibliotecas respecta. Probablemente sus donativos ascienden á 100 millones, de cuya cantidad corresponden 70 millones á los Estados Unidos y el resto á Escocia, Holanda, Inglaterra, Gales, Canadá, Irlanda, Cuba y otros países.

Rockefeller y Carnegie marchan á la cabeza de los altruistas más grandes del mundo. Sus donativos son tan colosales, que la mente no puede abarcar las cifras que representan.

La fortuna de Rockefeller asciende á 320 millones, la cual le produce una renta diaria de 5.000 pesos, ó lo que es lo mismo 200 por hora.

La señorita Elena Gould dedica anualmente 500.000 pesos á obras caritativas.

Quizás no haya otro hombre tan discreto y espasmódico en sus obras de caridad, como J. Pierpont Morgan. Este hombre, excepcional en su carácter, dedica un millón á fines benéficos. »



Costa Rica.—Vista en la Isla del Coco